



nationale
nederlanden

**SAN SILVESTRE
VALLECANA - 20**

GOOD
BYE!
2020

Héroes de barrio

Paul Tergat no ganó en Vallecas. A veces pienso en ello. Me viene, de repente, cuando estoy en la cola de la panadería o esperando el autobús. Cada uno tiene sus taras. Una de las mías es esta carrera que cada epílogo de diciembre me incita al balance, atlético y vital, llegando siempre a la conclusión rosendiana de que “lo cierto es que estoy aquí, otros por menos han muerto; maneras de vivir”. Y entre mis formas preferidas de disfrutar la existencia sobresale ver correr a los buenos. Tergat era de los mejores. Un portento. Una leyenda. Aunque jamás triunfó en la San Silvestre Vallecana.

Lo intentó hace dieciséis inviernos, pero se cruzó en su camino un australiano de época, un rostro pálido que a mitad de la primera década del siglo batallaba a los africanos con iguales dosis de respeto y descaro. Sin complejos. En la rueda de prensa un compañero le preguntó si su objetivo era ser el primer blanco y él, furioso de mentirijilla, soltó: “Eso que dices es una gilipollez. Mi objetivo siempre es ser el primero, de todos, no me importa el país donde hayan nacido ni el color de piel de mis rivales”. Se llamaba Craig Mottram y le metió seis segundos a Paul, quien tuvo que desplegar su infinita zancada para apuntalar la segunda plaza. El tercero en discordia, por muy poquito, un imberbe Ayad Lamdassem (quizás les suene porque hace apenas tres semanas puso a su nombre el récord de España de maratón).

Gozaron mejor suerte otros keniatas, sin ir más lejos el mejor maratoniano que el mundo ha visto, Eliud Kipchoge, que se dejó caer por Madrid antes de moldear a su antojo la leyenda de Filípides, siendo casi un adolescente; eso sí, con el título mundial y el bronce olímpico de 5.000 a buen recaudo. Os hablo de 2005 y 2006. La primera vez batió el récord de la prueba (27:34). La segunda, también. Solo que entonces decidió jugar a ser un mito. En la retina de los locos del *citius, altius, fortius* aún tintinea el duelo bajo la luna que protagonizó junto a Zersenay Tadesse. Su avanzar desbocado, frenético, a matar o morir. Los hachazos de clasicómano a las puertas del Prado, cuando emprendió un zigzagaje salvaje tratando de evitar que el eriteo se soldase a su rueda. Imaginaria, cierto, pero ni en bicicleta hubieran podido seguirles muchos. Un ritmo imposible, jamás visto fuera del tartán, les condujo a meta

en 26:54 (mejor marca mundial de todos los tiempos). Ambos compartieron crono y honores (todavía son el quinto y sexto más rápidos de siempre en esta disciplina). Solo Jakob Kiplimo, el niño prodigio ugandés que acecha impaciente el Olimpo, ha sido más rápido que ellos aquí: 26:41. Tuvieron que pasar doce años.

Sin embargo no es Kipchoge el keniano más laureado en un barrio con mucha memoria. Unas calles que no olvidan a Osoro Ondoro. Nombre musical, zancadas al compás de los tambores. Tres veces dijo esta boca es mía. En el 90, 91 y 93. Sería el capo del asunto de no ser por uno de Palencia (no hablamos de don Mariano Haro, que ganó en el 66 y el 73 y, además, es de Valladolid), quizás el atleta que mejor ha sabido tomarle la medida al evento. Isaac Viciosa campeonó en 1996, 2000, 2001 y 2002. Para muchos es el corredor más versátil de nuestro país; conserva el récord nacional de 3.000, fue subcampeón de Europa de 1.500 (le ganó un tal Fermín Cacho) y campeón de 5.000... y otra carrera que se ha adjudicado cuatro veces es la Milla de la Quinta Avenida.

La Vallecana es fiel reflejo de Isaac. Polivalente, multidisciplinar. No hay un tipo de fondista específico al que poder colgar el cartel de favorito. Es impredecible, el mejor calificativo que puede asignársele a un espectáculo deportivo. La han dominado plusmarquistas universales de 10.000 metros, medio maratón, maratón y 1.500; campeones mundiales, europeos y olímpicos de maratón; medallistas de oro mundiales en cross y medio maratón, campeones continentales de 1.500... Arturo Barrios, Carlos Lopes, Eliud Kipchoge, José Luis González (¿la zancada más elegante a este lado de los Pirineos?)... Lo mismo se lleva el gato al agua un especialista en 5.000 como Enrique Molina o Fernando Cerrada que levanta los brazos Fabián Roncero, Martín Fiz o Bashir Abdi, maratonianos de primera clase.

Lo que escasea en el palmarés de la Nationale Nederlanden San Silvestre Vallecana (hay que recordar la nomenclatura actual, completa, pues merece cariño la gente que invierte en nuestra pasión) son los nombres superfluos. Siempre ganan los mejores porque conocen el halo de prestigio que otorga el Campo del Rayo la noche de fin de año. Pocos son los que se atreven a venir a figurar. Se estilan las piernas en alto, las jornadas previas velando armas. No es una carrera para cumplir el expediente, es una carrera para lustrarlo. Lo saben todos. Los que nacieron a dos paradas de metro y los que deben recorrer mucho más de 10 km para acomodarse en la línea de salida. Hay que generar mucho lactado para hacer cima en Arroyo del Olivar con una corona de laurel.

Paul Tergat no ganó en Vallecas. Cinco veces campeón del mundo de cross, *recordman* de los 10.000 metros, plata olímpica. Pero aquí nones. Por eso para mí, devoto suyo, es crucial en la historia de 'La Vallecana'. Su figura engrandece las de aquellos que sí pudieron trepar a lo alto del podio y convertirse en héroes de barrio. Y no de un barrio cualquiera.

Ellas

No, no nos hemos olvidado. Ni mucho menos.

Sucede que, cuando el fogonazo de salida retumba en la Plaza de los Sagrados Corazones, las mujeres participantes en 'La Internacional' se ven sumergidas en una maraña de formas masculinas. Escoltas, improvisadas liebres, oportunistas a la caza de una efímera gloria televisiva. Hay de todo. La complejidad logística de la cita hace inviable dos carreras independientes... La organización se rebana los sesos curso tras curso pensando en una solución que otorgue a la chicas el protagonismo que merecen... Y como la vida es una tragicomedia hermosa resulta que ha tenido que venir la Covid-19 a echarles una mano.

En esta edición, aprovechando el circuito cerrado y la ausencia de la versión popular del evento, las fondistas competirán solas. Duelos directos, sin muchachos que se entrometan en el fantástico espectáculo que aguarda al telespectador (repitan conmigo: somos responsables y no nos acercaremos a vivir la fiesta a pie de calle). Por tanto es justo y necesario que hagamos repaso de las grandes damas que dejaron su impronta en el barrio sin entrelazar sus nombres y apellidos con los de ningún maromo. Porque tirando de cuadros de honor y tablas de récords, son tanto o más que ellos. Quizás más.

Contrariamente a lo que muchos creen siempre hubo prueba femenina. Desde aquel fundacional 1964, cuando la fiesta se denominaba todavía Gran Premio de Vallecas. Cierto que se trataba de distancias testimoniales, escuetas, y sus protagonistas poco decían en el ámbito internacional del deporte rey (¿alguno os habéis creído lo del fútbol? Servidor, no). Era la España en blanco y negro, pero si buscáis pinceladas de color en lo que a paridad de género se refiere, aquí las hallaréis. ¿Insuficientes? Sabéis que el revisionismo histórico es amigo traicionero... El caso es que desde 1981 la balanza comenzó a equilibrarse del todo, cuando no a inclinarse descaradamente hacia el lado femenino.

Aquel año vino Grete Waitz. Una longilínea noruega de 28 años que, para entonces, ya era campeona mundial de cross (por triplicado) y europea de 1.500 y 3.000 metros. La persona más relevante (deportivamente hablando) que hasta entonces había prendido en su pecho el dorsal de la carrera. Ganó, la duda ofende, como antes había ganado el Maratón de Nueva York en tres ocasiones y como lo ganaría en otras seis más (nueve, nadie roza siquiera ese hito), añadiendo de paso otro cetro universal de campo a través (y dos bronce), una plata olímpica y una medalla de oro mundial en los 42,195 km. Conjugarse el verbo ganar fue siempre un divertido pasatiempo para la añorada Grete (el cáncer nos la arrebató físicamente en 2011, con su legado no se atrevió el muy bastardo). ¿Podía superarse aquello? Pues... resulta que sí.

Hasta 1991 la prueba concedió brillo a las más destacadas corredoras patrias. Itziar Martínez, Carmen Fuentes, Aurora Pérez, Carmen Mingorance y, por encima de todas, Carmen Valero, la dos veces campeona del mundo de cross y pionera del atletismo olímpico femenino español; el aniversario de su participación en los 800 y 1.500 metros de Montreal'76 debería ser fiesta de guardar para quienes saben que la igualdad es un derecho que no se negocia, se exige. Las zapatillas de clavos de la barcelonesa marcaron el camino a centenares de mujeres. Corredoras, lanzadoras, saltadoras, marchadoras. Todas hijas deportivas suyas. Como Vallecas en 1986.

¿Y qué pasó en 1991? Que corrió Rosa Mota. Y que la menuda portuguesa era (y sigue siendo) la única atleta en posesión de la triple corona del maratón. Oro mundial, europeo (tres veces) y olímpico (mas una presea de bronce). No hay hombre y ni mujer que pueda presumir de semejantes logros. Si a eso le sumas el triunfo en el Valle del Kas, apaga y vámonos. Rosa y Grete. Para completar el podio de mejores maratonianas europeas de la historia (puede que mundiales, pero para gustos... ya saben) faltaría Paula Radcliffe.

Haberla hayla. Ya era plusmarquista mundial (2:15:25) y ese verano, en Helsinki, logró el que sería su gran título en la distancia (campeona del mundo). Su característico cabalgar, ese constante balanceo de cabeza que hacía imposible adivinar dónde terminaba el estilo y comenzaba la agonía, se llevó la mayor parte de los aplausos la gélida noche del 31 de diciembre de 2005. El nivel era ya pura efervescencia. Un envite constante. Veo y subo. Los continuos regalos al aficionado llevaban implícitos el riesgo de malcriarlo. Se asumió sin titubeos.

En 2007 acude victoriosa al silbido de San Silvestre una de las mejores corredoras de todos los tiempos. Repetiría experiencia dos años después. Hablamos de Vivian Cheruiyot, campeona olímpica de 5.000 y, por partida

doble, mundial de 5.000 y 10.000. Para redondear fue también la jefa del campo a través en una ocasión e incluso triunfó en los 3.000 metros del Mundial *indoor*. Un prodigio. De nuevo el listón en el ático donde habitan los sueños. En la historia del fondo, sumando distancias y superficies, es casi imposible encontrar una mujer que rebata sus argumentos. Puede que solo exista una. Y también ganó en Vallecas. Fue en 2011.

Casi todos los expertos coinciden en otorgar el cetro del coleccionismo de kilómetros a Tirunesh Dibaba. Lección de clase. Lujo estético. Un tobillo de museo en exposición itinerante. No se ganan tres oros olímpicos (uno en 5.000, dos en 10.000 metros) y nueve mundiales (dos en 5.000, tres en 10.000 y cuatro en campo a través) sin ser una consentida de la providencia. La etíope volvió al barrio en 2018, más mayor, más laureda... y solo pudo ser tercera. Vendió la derrota a precio de récord, el que tuvo que lograr Brigid Kosgei (29:54, quinta mejor marca de la historia en 10 km) para reeditar un trofeo que ya había colocado en su vitrina en 2016. El otoño siguiente, en Chicago, la keniana sepultó el mítico registro de Paula Radcliffe -vigente durante más de 16 años- al correr el maratón en 2:14:04. Una marca que muchos denominaron “de otro planeta” hasta echar un vistazo a los mapas y comprobar que, en efecto, Illinois sigue estando en La Tierra.

Solo ella y la que fue segunda aquella jornada han logrado bajar de la media hora exacta en el viaje que enlaza el lateral del Santiago Bernabéu con las entrañas de la guarida del Rayo. Hablamos de otra corredora de excepción, su compatriota Hellen Obiri (29:59), dos veces campeona mundial de 5.000 y una de 3.000 y campo a través, además de plata olímpica y bronce mundial en 5.000 y 1.500 metros respectivamente. Así de complicado es poder sentarse a la mesa con las colegas, cerveza fría mediante, y poder decir: “Yo gané la carrera de 10 km más prestigiosa que existe”.

Alberto Hernández es redactor jefe de la revista Corredor